

CRISTO,
VERDADERO DIOS.

POR MARTIN J. SCOT, S. J.

TRADUCCION DE

ZOILO VILLALON, S. J.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

IMPRENTA YANKEE

Nataniel 666 Tel. 83434

SANTIAGO

CRISTO, VERDADERO DIOS

La pregunta más seria que puede hacerse la humanidad es: ¿Quién y qué es Cristo? De la respuesta a esta pregunta depende nuestra conducta con el prójimo, nuestros planes de vida en lo porvenir, nuestra actitud en las aflicciones, y nuestras creencias sobre ultra tumba. Si creemos que Cristo es Dios, consideraremos sus preceptos y su doctrina precisamente como las ordenanzas de Dios, y, viviendo según ellas, tendremos la seguridad de que, a su tiempo, participaremos de la felicidad eterna de Cristo. Si por el contrario, no creemos que Cristo es Dios, debemos rechazar el cristianismo como fábula y creer que Cristo fué un impostor y un blasfemo, o, a lo menos, la víctima de una alucinación.

Filósofo de sentido común fué quien dijo que Cristo era un sér divino o un demente. Considerad por un momento lo que el mismo Cristo afirmó de su propio sér y juzgad si una persona sana, cualquiera, que no fuera un impostor, podría tener semejantes pretensiones.

Jesús dijo: “Yo soy la luz del mundo” (San Juan VIII, 12) ¿Quién sino un insensato pudo afirmar eso de sí, a menos que fuera verdadero Dios? Más: El se presentó como modelo de toda la humanidad: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (San Mateo XI, 29). Nadie que fuera mero hombre habría presumido proclamarse ejemplar del género humano. Hablar así, si Cristo fuera hombre solamente, sería arrogancia de loco.

¿Qué hombre se atrevería a publicar, como lo hizo Cristo: “Yo soy la resurrección y la vida; quien

cree en mí, aunque hubiese muerto, vivirá" (San Juan XI, 25)? Nadie, sino el Creador, puede asegurar la vida después de la muerte. A no ser que Cristo fuera lo que El afirmó de su propio sér ¿cómo hubiera podido atreverse a decir: "A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, e instruid a todas las naciones... y estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos" (San Mateo XXVIII, 18, 20)?

Estas y semejantes declaraciones de Cristo deberían considerarse, como los desvaríos de un maniático, a menos que El fuera verdaderamente Dios. Ni aún un impostor haría semejantes afirmaciones, porque serían tan descabelladas y absurdas, que, en vez de ser creídas, engendrarían el ridículo. Hasta los impostores mismos deben tener el sentido de la proporción.

Aparece, pues, claro que, a menos que consideremos a Cristo como demente, debemos aceptar sus derechos. Ahora bien, los críticos más hostiles a Cristo ni por un momento lo consideran demente. El veredicto, o juicio, definitivo del mundo sabio, es que Cristo es espiritual y moralmente el sér más perfecto que el mundo haya conocido. Quién es el sér más perfecto, no es ni un loco ni un pérfido. Debemos, pues, aceptar a Cristo, ya que no es posible rechazar su testimonio.

Como todos los cristianos saben, la **Encarnación** significa que Dios se hizo hombre. No quiere decir esto que Dios se cambió en hombre, ni que Dios dejó de ser Dios para comenzar a ser hombre, sino que, permaneciendo Dios, asumió, o tomó, una naturaleza nueva, a saber, la humana, uniendo esta naturaleza a la naturaleza divina en una sola persona, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

En el banquete de bodas de Caná, el agua se convirtió en vino, por la voluntad de Jesucristo, que era el Señor de la creación (San Juan II, 1-11). No fué esta la manera como Dios se hizo hombre, porque en Caná el agua dejó de ser agua cuando se convirtió en

vino.

Un ejemplo que puede ayudarnos a entender en qué sentido Dios se hizo hombre, pero que, sin embargo, no aclara perfectamente la materia, es el de un rey que, de su propia y libre voluntad, se convirtiera en mendigo. Si un rey poderoso dejara su trono y el lujo de su corte, y se vistiera de los andrajos de un mendigo, viviera con mendigos, participara de sus penurias, etc., a fin de mejorar la condición de los mendigos, diríamos que el rey se había hecho mendigo, y que sin embargo, era verdaderamente rey. Sería correcto decir que lo que sufría el mendigo era sufrimiento de rey; que, cuando el mendigo expiaba algo, era el rey quien expiaba, etc.

Puesto que Jesucristo es Dios y hombre, es evidente que Dios, en cierto modo, es hombre también. Entonces ¿de qué manera Dios es hombre? Es claro que El no fué siempre hombre, puesto que el hombre no es eterno, como lo es Dios. En cierto tiempo determinado, pues, Dios se hizo hombre, asumiendo la naturaleza humana. ¿Qué entendemos al decir que **asumió la naturaleza humana**? Entendemos que el Hijo de Dios, permaneciendo Dios, tomó otra naturaleza, a saber, la naturaleza humana, y la unió con la suya, de suerte que constituyera una Persona, Jesucristo.

La Encarnación, por lo tanto, significa que el Hijo de Dios, verdadero Dios desde toda la eternidad, en el curso del tiempo se hizo también verdadero hombre, en una sola Persona (la divina), Jesucristo, que consta así de las dos naturalezas, la divina y la humana. Esto, por supuesto, es un misterio. No podemos entenderlo, así como tampoco podemos entender la Trinidad.

Por todas partes nos rodea el misterio. No entendemos cómo la yerba que come el ganado, se convierte en su carne y sangre. El análisis químico de la leche no muestra en ella ingrediente alguno de la sangre; sin embargo, la leche que toma la criatura de los pechos de la madre, se convierte en la carne y la sangre del niño. La madre misma ignora cómo se

produce en ella la leche que da a su hijo.

Todos los sabios del mundo son incapaces de explicar la conexión que hay entre el pensamiento y la palabra o el lenguaje. No hemos de sorprendernos, pues, si no podemos entender la Encarnación. La creemos porque quien la ha revelado es el mismo Dios, que no puede engañar ni ser engañado.

Puede objetarse que esto es probar la Encarnación por la Encarnación. Consideremos este punto. Cristo aseveró que El era el Hijo eterno de Dios. Pero cualquiera puede aseverar una cosa. Cuando Cristo, que realmente era hombre afirmó que también era Dios ¿se comprobó su afirmación? ¿Dio testimonio de que al hacer esta afirmación estupenda, decía verdad? Este es el punto fundamental de toda esta materia.

Prueba evidente del hecho

Los cristianos afirman que Cristo dió en realidad pruebas evidentes para corroborar su aserto. No es cristiano, quienquiera que niegue o dude que Jesucristo sea verdadero Dios y verdadero hombre. A fin, pues, de fortificar a los cristianos contra los asaltos de los racionalistas y otros semejantes, y a fin también de proporcionar a los incrédulos razones en favor de la fe en Cristo, como Dios, haremos un breve resumen de los argumentos en que se apoya nuestra fe en Cristo como Hijo de Dios. Trataremos esta materia de la misma manera como procede un tribunal de justicia cuando se le presenta un caso que haya de decidir con su fallo.

Si una persona asevera ante un tribunal algo que se disputa, debe confirmar su aserto de modo que convenza a los espíritus razonables. Si la persona goza de sana inteligencia y de reputación excenta de reproches; y, si, además, presenta testigos respetables, para confirmar su dicho, y si, por añadidura, aduce otras pruebas de suyo afirmativas, todo lo cual confirma su aserto, su testimonio subsistirá. Si, además,

este testimonio no beneficia a ese hombre, sino que, al contrario, le causa pérdidas y sufrimientos muy serios, es evidente que cualquier tribunal que esté dispuesto a dejarse convencer, aceptará semejante testimonio.

El mundo sabio reconoce que la inteligencia de Cristo es la más perfecta que se conoce en la humanidad. La reputación de Cristo sobresale como la más pura y correcta en los anales de la historia. La prueba corroborativa presentada por Cristo es la más convincente que jamás se ha presentado en favor de derecho alguno. En Cristo, por consiguiente, tenemos un testigo que es intelectualmente sano, moralmente puro y correcto, y apoyado, además, por prueba positiva del carácter más convincente. En suma, Cristo sobresale como el tipo más sublime de persona que jamás haya atestiguado un hecho, y presenta, por añadidura, prueba incontrovertible para apoyar su testimonio.

¿Hemos de creerle o hemos de infamarle como un miserable impostor?

El es, según su propio testimonio, o Dios o un pérfido. El ser más perfecto que jamás ha existido en el mundo, no es un impostor. Aun aquellos que resisten admitir la divinidad de Cristo, afirman que, intelectual y moralmente, descuella inmensamente sobre toda la humanidad. En hecho de verdad, los racionalistas han glorificado el carácter y la inteligencia de Cristo elevándolos tanto como sus más fervorosos discípulos. Todo le conceden, menos la divinidad.

Testimonios de racionalistas.

Harnack, príncipe de los racionalistas, ha dicho del carácter de Cristo: "La sublimidad que emana de la persona de Cristo es tan divina como todo lo que en la tierra ha aparecido jamás como divino" ("Gesprache mit Eckermann" VIII, 148). Herr Harnack concede que el carácter de Cristo se acercó tanto a lo divino cuanto el mundo puede imaginarlo.

Rousseau admite algo semejante: “¿Puede el hombre cuya historia se recuerda en el Evangelio, ser puro hombre? ¡Qué mansedumbre, qué pureza en su moral, qué encanto arrebatador en su enseñanza, qué sublimidad en sus principios, qué sabiduría tan profunda en sus discursos, qué presencia de ánimo, qué franqueza tan propia en sus respuestas, qué dominio sobre las pasiones!” *Oeuvres* II, 280). Esto no puede decirse de ningún otro ser humano.

Pfeiderer, otro racionalista, dice que Jesús es “una personalidad heroica que con majestad de triunfador pasó por la tierra y hasta hoy es la potencia redentora y formativa, que presta a la vida humana, así en sus detalles como en su carácter esencial, un mérito y un valor que sobreviven a lo temporal” (“*Entstehung des Christentum*” II, 108).

Difícil sería a los más decididos seguidores de Jesús tributarle alabanzas humanas superiores a las que estos racionalistas le han tributado. Desde el campo mismo de los que están fuera de la fe, pues, se nos ofrece el testimonio más elevado del carácter moral de Cristo. Veamos qué dicen de la inteligencia de Cristo hombres de ese mismo tipo.

Julio Kogel se refiere así a la mentalidad de Cristo: “Una franqueza universal e iluminativa satura y penetra sus discursos y da, particularmente a sus metáforas y parábolas, un encanto único y maravilloso que los impregna con un resplandor vivísimo de los colores más diáfanos y espléndidos. En ellos se revela una potencia de observación en las cosas de este mundo de cuyo significado Jesús se ha compenetrado con su mirada viva y penetrante, y cuyo valor aun cuando naturalmente sea sólo relativo, El reconoce francamente desde que hace uso de ellas para la explicación de sus pensamientos” (“*Probleme des Jesús*”, p. 35). Nada prueba mejor la agudeza de la mente como el poder de discernir y comparar; Kogel, en ese pasaje, atribuye a Jesús tal poder en grado supremo.

Oigamos a **Harnack** sobre este mismo punto: “Jesús no habló nunca como exaltado o fanático, que sólo

lo ve un punto en conflagración, y para quien, en tal caso, todo el resto del mundo y todo lo que en él hay, desaparece. El pronunció sus discursos y contempló el mundo con una percepción clara y nueva de lo grande y de lo pequeño en la vida que lo rodeaba. Proclamó la verdad que "nada vale el ganar todo el mundo, si se pierde el alma"; sin embargo, mantuvo su simpatía y su interés por todo sér viviente" ("Weren des Christentums", p. 22).

Pudiéramos seguir acumulando testimonios de los que no son creyentes, en favor de la sublimidad moral y mental de Cristo; pero lo que hemos aducido, basta para hacer ver que no hay sér humano alguno que merezca crédito, si no lo merece Jesucristo. Nos contentamos con presentar como testigos del carácter, o reputación, de Jesucristo a los que no pertenecen a su fe, porque, si aún esos extraños lo ensalzan tanto, es prueba positiva de que la mentalidad y veracidad de Cristo están sobre toda duda. Si hoy se presentara ante un tribunal un hombre de la reputación y carácter de Cristo ¿sería posible dudar de la verdad de su testimonio?

Otras credenciales

Pero, además de su carácter, Cristo presenta otras credenciales en favor de sus derechos divinos. Sabiendo que sostenía los derechos más estupendos de que jamás tuvo noticia la humanidad, comprendió la necesidad de probarlos. Reclamó para sí derechos sobrenaturales. Derechos sobrenaturales exigían confirmación sobrenatural. Esta presentó Jesús. Cuando percibió que, a pesar de su ascendiente sobre el pueblo, vacila éste al oír sus aspiraciones, dijo: "Si yo no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Pero, si las hago, cuando no queráis darme crédito a mí, dadlo a mis obras; ellas dan testimonio de mí" (San Juan X, 25 - 39).

Cristo afirmó que era Dios Omnipotente, el Crea-

uno de los demás hombres. Los judíos tenían por Dios una reverencia indecible. A tal punto llegaba esta reverencia que no pronunciaban el nombre de Dios, sino que en su lugar usaban un símbolo. Jehová era el Creador del cielo y de la tierra, el Regulador del universo, el Señor de la vida y de la muerte. ¿Es acaso maravilla que los judíos no sólo se asombraran, sino que se espantaran al oír a Jesús afirmar que El era el Señor eterno e infinito del tiempo y de la eternidad? ¿Cómo era posible que el Creador fuera una criatura; el Infinito, finito; el Eterno, temporal? Jesús entendía perfectamente la disposición mental de los judíos, y por esto condescendió en confirmar sus títulos con hechos que nadie sino Dios podía realizar.

Los milagros son la manifestación elocuente del lenguaje de Dios. Son el sello divino puesto sobre un hombre o una misión para acreditar su verdad. Cuando un monarca pone su sello sobre un documento, ello importa la aprobación real de lo contenido en él. Cuando un gobierno envía un embajador a una corte extranjera, pone su sello en las credenciales del embajador para significar que la misión confiada a éste tiene la aprobación de su gobierno. Así, cuando Dios pone su sello sobre un hombre o una misión, ello importa la confirmación de ese hombre o esa misión. Dios no puede aprobar el error. De aquí que un milagro es la confirmación divina de aquello que está en relación con el milagro, porque este es directa o indirectamente la obra de Dios, y, por lo tanto, la aprobación de Dios de lo que el milagro confirma.

Los profetas del Antiguo Testamento y los santos del Nuevo han hecho milagros, pero siempre como agentes del Todopoderoso. Ellos acudían a Dios para que manifestara su poder confirmando la verdad de la causa que ellos defendían. Pero Cristo no hizo así los milagros. Ejecutó los hechos milagrosos en su propio nombre, directamente.

Al cadáver del hijo de la viuda de Naim, que era conducido a la sepultura, dijo Jesús: "Mancebo, yo te lo mando, levántate" (San Lucas VII, 14), y en res-

puesta al mandato directo de Cristo, el cadáver se convirtió en sér viviente. Al leproso, Jesús le dijo: "Queda limpio." (San Mateo VIII, 3) y al instante quedó curado de su lepra. Al tullido que yacía inválido en una camilla, le dijo: "Levántate, toma tu lecho y anda" (San Juan V, 8) y el paralítico de un salto se puso de pie, perfectamente sano y bueno. Al pecador díjole Jesús: "Tus pecados te son perdonados" (San Mateo IX, 2) y en confirmación de que los pecados le fueron verdaderamente perdonados, Jesús devolvió al tullido la sanidad de sus miembros, mostrando que las palabras que le dieron la salud al cuerpo, también sanaron el alma. (San Mateo IX 6-7).

Nadie sino Dios puede perdonar directamente el pecado, Sabían esto los judíos, y cuando Jesús pronunciaba el perdón de los pecados, ellos pensaban en sus corazones que El era reo de blasfemia, porque nadie sino Dios puede perdonar el pecado (San Marcos II, 6-7). Jesús, que leía en sus corazones, como nosotros leemos en un libro, les manifestó sus pensamientos, diciéndoles: "¿Por qué decís en vuestros corazones que yo soy blasfemo, porque perdono los pecados? Es verdad que nadie sino Dios puede perdonar los pecados; y, para mostraros que yo soy Dios, voy a hacer ahora lo que es posible a sólo Dios. En mi propio nombre voy a decir a este paralítico: "Levántate" para que vosotros sepáis que mis palabras tienen la eficacia de Dios." Volvióse entonces al paralítico, pronunció la palabra y el hombre que fué llevado a los pies de Jesús en una camilla, tomó su camilla lleno de alegría y volvió a su casa, sano de cuerpo y alma (San Marcos II 11-12).

El milagro final.

De nuevo, junto a la tumba de Lázaro, demostró Jesús de la manera más inequívoca, que El era lo que proclamaba ser. Antes de realizar el más grande milagro, declaró que lo haría en prueba de la verdad de sus derechos divinos. Estaban reunidos junto a la tum-

12 ba de Lázaro los hombres más distinguidos de Jerusalén, miembros del Consejo y del Sanedrín. Ante esta reunión de agudos observadores, dió Jesús la mayor prueba posible de sus derechos divinos. Desafió, por decirlo así, a los que dudan. Declaró a los circunstantes que lo que El iba a hacer era para poner a su Padre celestial como testigo de la verdad de sus derechos y de su misión. Alzando los ojos al cielo, a su eterno Padre, declaró la razón del próximo milagro— “para que conozcan que Tú me has enviado (San Juan XI, 42). Entonces, mientras la multitud miraba llena de expectación, gritó con voz sonora al cadáver que ya empezaba a corromperse: “Lázaro, sal afuera!” (San Juan XI, 43). Los restos mortales obedecieron la voz del Creador y al punto se convirtieron en un hombre sano y en plena salud y con todas sus facultades perfectas.

Después de esta manifestación estupenda del poder divino fué cuando los judíos salieron en gran multitud de Jerusalén a encontrar a Jesús en su camino. Cortaban ramas de los árboles y las agitaban triunfalmente delante de Jesús, exclamando: “Hosana, salud y gloria al Hijo de David! ¡bendito sea el que viene en nombre del Señor— ¡Hosana en lo más alto de los cielos!” (San Juan XII, 23) Los jefes de los judíos se apresuraron entonces a convocar un concilio, diciendo: “¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchos milagros?... Véis cómo no adelantamos nada. Mirad que todo el mundo se va tras El.” (San Juan XI, 47; XII, 19). Es este Jesús quien da testimonio de la Encarnación.

Nosotros creemos fundados en la palabra de Jesucristo que Dios se hizo hombre. ¿Hemos de creerle? Si no hemos de creerle a El a ningún hombre en la historia del género humano puede creérsele. Ninguna persona ha existido jamás tan digna de crédito como Jesucristo. Su carácter moral es el más elevado que es posible concebir. El es el único entre todos los hombres que ha podido decir: “¿Quién de vosotros me vencerá de pecado?” (San Juan VIII, 46). Sólo El

puede proponerse a sí mismo como modelo: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (San Mateo XI, 29). No ha habido en esta tierra moralidad ni mentalidad que se hayan aproximado a las suyas. Este Jesús es nuestra autoridad en favor de la Encarnación. Además de su integridad sublime y de su aguda mentalidad, sus hechos hablan en su favor. Jamás en la historia del mundo ha habido alguien que así haya atestiguado un hecho como Jesús ha atestiguado la Encarnación. En su palabra es donde fundamos nosotros nuestra creencia en la Encarnación. La fe que descansa en tal fundamento, es eminentemente razonable, aun cuando se refiera a lo que no comprendamos por estar sobre la razón.

Humanidad y Divinidad.

Quizás se ignora por la mayoría, pero es un hecho, que la Iglesia católica ha tenido que defender en épocas pasadas la verdad de la humanidad de Cristo, como ahora se siente obligada a sostener su divinidad. En épocas anteriores pareció tan admirable a los ojos de los cristianos la persona de Jesús que algunos sostuvieron que El realmente no era hombre sino que sólo tenía la apariencia de tal. Contra los que eso creían la Iglesia proclamó que Jesucristo era hombre verdadero, semejante en todo a nosotros, exceptuando solamente el pecado. Los cristianos de entonces no tuvieron dudas sobre la divinidad de Cristo. En su concepto fué El tan divino, que algunos no podían conciliar la naturaleza humana con la perfección de Cristo.

Este sér humano perfecto, el único hombre en la historia del género humano que pudo proponerse a sí mismo como modelo a la humanidad, el único entre todos los hombres que pudo desafiar abiertamente al mundo a que lo acusara de pecado; el único hombre que llevó a cabo cosas jamás hechas antes, desde la creación del mundo, este hombre proclamó solemnemente que El era el Hijo eterno del eterno Padre y que en todo era igual al Padre.

Cristo afirmó que El era Dios, aunque sabía que su afirmación sería la causa de que lo condenaran a una muerte de dolor y vergüenza. Ante el tribunal del Sumo Sacerdote, el más alto tribunal sagrado de la nación, juró solemnemente que El era el Hijo verdadero de Dios. El Sumo Sacerdote lo hizo jurar: "Yo te conjuro de parte de Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios" (San Mateo XXVI-63). Jesús respondió "Lo soy" (San Marcos, XIV, 62).

Es claro que el Sumo Sacerdote, al usar la expresión **Hijo de Dios**, la entendió en su sentido real y verdadero; de otro modo no habría calificado de blasfemia la respuesta de Jesús. Si Jesús no intentaba afirmar que El era Dios en el sentido de que El era Jehová, no habría podido haber fundamento para acusarlo de blasfemia. Tanto fué así, que lo declararon reo de muerte, porque como los judíos dijeron a Pilatos, siendo hombre, se hizo Hijo de Dios (San Juan XIX, 7).

Que Cristo quería afirmar que El era Dios, consta evidentemente de lo que antes había dicho: "Mi Padre y yo somos una misma cosa" (San Juan X, 30). Antes de eso, El había declarado que no había sino un sólo Dios (San Juan XVII, 3). Por consiguiente, cuando afirmó que El y el Padre eran una misma cosa, El se hizo Dios, pues el Padre era Dios. En el bautismo de Jesús, el Padre dió testimonio de que Jesús era el Hijo divino de Dios, diciendo "Este es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia" (San Mateo III, 17).

Si la Encarnación, pues, no es un hecho, el cristianismo se derrumba por su base. Si Jesucristo no es Dios, es el impostor más criminal que este mundo ha conocido, porque, creyendo en su palabra, millones de los hombres y mujeres mejores de la raza humana han ido a la muerte para sostener su fe en la divinidad de Jesús. Si Jesucristo no es Dios, como El lo declaró solemnemente, es responsable y reo del derramamiento de más sangre que la que han hecho de-

¿Por qué se duda de Cristo?

Quizás pregunte alguno ¿por qué, siendo evidentemente tan perfectos la moral y el carácter mental de Cristo, hay quienes rehusan aceptar sus derechos a la divinidad? Quizás la razón principal sea que, si creen que Cristo es Dios; deben vivir según los preceptos de Cristo. Están dispuestos a advertir que Cristo sea cualquier cosa, todo, menos Dios. Aún se prestan a admitir que Jesús es divino en cierto sentido, a saber, que El, sobre todos los demás hombres, recibió de Dios Todopoderoso los favores más sublimes y, en consecuencia, llegó a aproximarse en modo singularísimo al ideal divino.

Pero todo es pura evasiva y engaño propio. Porque, si Cristo es la más alta expresión de lo divino en el hombre, seguramente no fué engañado ni pudo engañar. Fué lo que El clamaba ser, el Hijo eterno del eterno Padre, Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Alejandro, César, Aristóteles, Platón y otras personas de la antigüedad, son aceptadas por el género humano como personajes históricos dignos de crédito. Cristo es personaje histórico inmensamente más grande que cualquiera de esos, pero las gentes del mundo no le dan crédito. Pueden ellos creer en Aristóteles, sin tener que regular sus vidas por las doctrinas de este filósofo. He aquí la diferencia, y he aquí cómo se explica en gran manera la actitud de esas personas del mundo que niegan que Cristo sea Dios.

Cristo ha hecho todo lo que está de su parte para salvarnos. A nosotros nos corresponde hacer lo nuestro. El fué crucificado por sostener que era Dios. El sacrificó su vida para que nosotros pudiéramos alcanzar la vida eterna. El murió para que nosotros pudiéramos vivir siempre. Toda la causa de que en el mundo difieren tanto los hombres entre sí, está en que Cristo sea Dios o sea un impostor insensato.

Sin duda que la pregunta más seria que puede hacerse en el mundo es: **¿Quién y qué es Cristo?** La Iglesia Católica responde que Jesús es el Hijo verdadero de Dios, igual en todo el al eterno Padre: que El estableció una Iglesia que ha de durar para siempre y enseñar infaliblemente su doctrina; que esta Iglesia existe por lo tanto ahora en el mundo y enseña con la certeza y autoridad de Cristo; que el catolicismo es tan verdadero como Dios.

¿Qué significa Cristo para mí?

¿Qué significa Cristo para mí, personalmente? Prescindiendo de quién es y qué es para el mundo, en general, si El no es para mí, personalmente, el Gobernador del cielo y de la tierra, el Señor del tiempo y de la eternidad, el Legislador cuya voluntad es la ley de mi vida, si Cristo no es todo esto para mí, la Encarnación se ha perdido para mí. Y aún hay algo peor que eso, porque el Cristo Salvador será para mí el Cristo Juez.

El egoísmo y la pasión pueden cegarme para no reconocer ahora los derechos de Cristo, pero cuando yo esté en su presencia, ante el tribunal eterno, el egoísmo y la pasión no me servirán de defensa alguna por haberlo rechazado o por haberle sido indiferente.

El Hijo de Dios se hizo hombre para que el hombre pudiera ser participante de la Naturaleza Divina.

La Encarnación da significación nueva a la vida y nueva dignidad al hombre. La vida, por más molesta y gravosa que sea, es digna de vivirse si nos lleva a ser miembros de la familia divina. El darse cuenta de quién y qué es Cristo da a sus seguidores fieles esa paz que el mundo no puede dar ni quitar, esa paz que proviene de saber que somos amigos de Dios y que estamos en el camino verdadero a esa patria bienaventurada que El ha preparado para los que le sirven y lo aman.